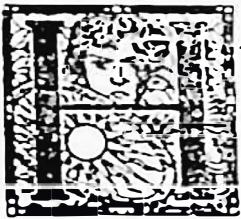


Augusto d'Halmar

Números

(Cuento)



A llegado la primavera; sabemos que ha llegado, porque en nuestra oficina, donde nunca se enciende fuego, hace menos frío. Ya no necesitamos golpear el suelo con los pies para que circule la sangre. En la claraboya que nos da luz hay una capa gris; pero ahora no es la bruma, sino el polvo.

Algunas abejas que entran también, quien sabe por dónde, se dan de cabezadas contra los vidrios; y cuando muy temprano atravesamos entre galpones y locomotoras para llegar hasta esta especie de garita, solemos divisar la silueta de los Andes que se desnudan de su nieve; en cambio, en la tarde, un cúmulo de nubes les sirve de immaculado fondo.

Pero el tedio es el mismo: de la mañana a la noche, los cinco a quienes ha reunido el azar cerca de un escritorio, bostezamos mirando al reloj, y este maldito, ¡cómo arrastra los segundos! . . .

Se recuerdan las épocas de interno en el colegio; pero no hay esperanza de que nadie venga a visitarnos o a conseguirnos permiso. En torno nuestro repican los martillos de la maestranza; silban las maquinarias; las órdenes se entrecruzan.

A veces, algún jefe sale del pabellón que está al otro lado de la vía y asoma su cabeza en nuestra puerta; entonces todas las cabezas se inclinan y las plumas rasgan el papel: parece que se ocuparan de las columnas de guarismos; mas, en realidad, le hacen confidencias. «¡Qué canalla!—dicen las plumas, refiriéndose, sin duda, al jefe— ¡Qué no te fulmine un rayo!» Y el jefe sonríe irónicamente, porque sabe que cuando una pluma rechina no hay más que tirarla y poner otra nueva en su lugar.

Entre los compañeros, uno vigila a los otros cuatro, y todos igualmente humillados. El que vigila gana un punto más y se titula oficial primero.

Es un buen muchacho que ha nacido para lo que es, y que fuera de su barco debe de parecer un naufrago, sigue en seguida un anciano que sabe Dios qué desastres podría contarnos; éste se limita a concentrarse en sí mismo, y el mundo muere contra la barandilla de su pupitre; sin embargo, tuvo un día una expansión conmigo: «Si yo fuese hombre de recursos—me dijo—habría comprado un pedazo de tierra y tendría jardín». Desde entonces lo considero con más simpatía, porque todo puede estar petrificado en él, pero todavía es una roca que pide flores.

Y los cinco se completan con nosotros tres: uno que gana para alimentar sus caballos y otro que gana para sostener a su familia. En estas oficinas públicas suelen reunirse tamañas contradicciones.

Yo he servido todos estos días en calidad de suplente. Estaba enfermo el quinto empleado y venía a reemplazarlo. Me asignaron su sitio, su sueldo y sus mangas de percalina. Debajo de la mesa he encontrado, además, un par de chanclos, que debían de pertenecerle, y en el cajón diversas bagatelas. Y por todas ellas, por las palabras escritas en la carpeta durante sus ocios, y lo poco que me habían dicho de él, yo trataba de figurármelo. Sabía que era joven, que estaba enfermo; sería alto y delgado, y sus ojos se volverían, como los míos, con más frecuencia al tragaluz que al reloj. Es una de las cosas más tristes este tragaluz enrejado que sirve de cernidor al carbón; un polvo negro ensucia los papeles; a veces uno se encuentra carboncillo en las orejas; y mirando aquel retazo de cielo se piensa en los campos, que ahora reverdecerán; en los pájaros, en el viento, en todo lo que no está enjaulado.

Porque aquí el pensamiento mismo se arrastra. Horas perdidas de un trabajo inútil, como si la vida se tirara a un hoyo. El pensamiento se enreda en las vueltas de los números: 29 y 12 y 16 y 7; escribe uno primero un cuatro, después el 5, y considera con melancolía aquel 45 que ha resultado.

Nosotros también no valemos sino en total: un hom-

bre con otro y otro y otro y otro vienen a ser cinco empleados.

Cuando entrábamos esta tarde a última hora, que es la más larga, se apareció un superior y cambió algunas palabras con el primer escribiente; al volver éste nos ha dicho que el oficial quinto había muerto, aquel enfermo que yo sustituía.

Miré la cara de todos. Mi amigo sportsman ha mostrado un gesto de asombro, como si, en su concepto, el que se muere cometiera una indiscreción; el viejo sigue inclinado sobre su labor, y solamente aquel niño que se sienta frente a mí hace algunas exclamaciones y las consabidas preguntas. Después recaemos en nuestro silencio.

Un rayo de sol cruza de soslayo; sin embargo, el día se evapora, como si la luz se desvaneciera en el aire. Los martillos retumban más sordamente, y a lo lejos, el grito de alguna máquina parece una voz de auxilio.

Lentamente me levanto; todavía faltan tres cuartos de hora, y como se acabó la tarea, no ha habido para qué encender gas; los empleados cepillan sus sombreros; voy al tocador y me lavo las manos; pero más que nada interrogo al espejo, que en tantas ocasiones devolvería la imagen del otro... del muerto. Por primera vez me parece que aquel recinto, donde su voz ha resonado, debe de guardar algo misterioso, y miro también a mis compañeros, todos los que lo han cono-

cido, hallando extraño que nada pueda darme la impresión de lo que fué.

Se ha borrado del recuerdo de todos, como del cristal del espejo; yo le substituiré como se pone otro número en el sitio donde la goma ha suprimido alguno. Vuelvo a mi mesa y me saco las manguillas. Cuando abro el cajón para guardarlas, veo en el fondo los demás objetos que le pertenecieron.

Muchas veces los había examinado; pero el inventario de los bienes de un hombre muerto tiene no sé qué de revelador; vuelvo a hojear el pequeño texto de astronomía, lleno de anotaciones en las márgenes. El oficial quinto amaba la ciencia del cielo. Tal vez fuera su sueño poder dedicarse a ella. Leería a Flammarion y soñaría; quizá no tuviera otros confidentes que los astros.

Y es que estaba solo en esta ciudad y parecía un metódico muchacho. Allí queda, si no, la agenda en que anotaba sus gastos. Veamos. Pensión... Lavandería... Tranvía... A la vuelta tiene apuntado: «El 15, cumpleaños de Tilita». Más abajo hay cierta partida por una encomienda postal y por una muñeca que no puede haber ido sino a ella. Y yo sé que era la hermanita, porque en la tapa de una caja, donde todavía hay un resto de dulce, la letra de una madre ha escrito, en sólo una línea, todo su acariciado sueño:

«¿Podrás venir el día de Tilita?».

No, no pudo lo dice bien claro el hecho de que el aguinaldo lo llevara el correo. Y allá, en el hogar dis-

tante, en el puerto donde habita la madre, se habrá brindado con lágrimas en los ojos a la salud del ausente.

¡Pobre ausente, enfermo y solo! Yo, que tampoco tengo hogar, puedo figurarme cómo vivió. Pensión... Lavandería... Tranvía... Su pieza sería húmeda y maloliente; él mismo llevaría al lavado sus cuellos, y en el invierno regresaría casi de noche de esta su oficina para comer en una mesa redonda. ¿Es posible que se consuma así esta triste vida, ni siquiera junto a los que amamos? Miro los zapatones que están debajo de la mesa, y que lo han acompañado en sus nocturnos paseos. ¡Pobrecito oficial quinto!

Llegaría hasta los puentes, hasta el río, que en invierno arrastra su corriente negra... A lo largo de los pretilos brillan entre la bruma las luces. Y nadie que sea del puerto deja de pensar en el mar misterioso y lejano...

El cajón encierra algo todavía: una tarjeta postal envuelta en un papel. Con lápiz han pintado en la cartulina un pensamiento morado; pero la dirección quedó en blanco.

Tal vez fuese alguno de los nombres que ha trazado la mano distraída sobre el secante de la carpeta. Entretenimientos de prisionero, el pensamiento, esta firma, esta rúbrica que se prodiga y estas palabras incoherentes; «1.901». Puede ser una fecha o una cifra, porque los números acaban por obsesionarnos tanto, que sumamos los de las casas y los números de los

coches, todos los números que vemos. «Emilio... Emilio... Emilio...» En el borde, un nombre de mujer: «Corina»... Tal vez leyera a madame Stael. Más abajo se repite, y más abajo la palabra «estrella».

Estrella... El muerto era supersticioso... Consultaba el firmamento y creía en los talismanes, pues hay también en su cajón una herradura cuidadosamente envuelta en un papel, que todavía tiene escrito una fecha. ¿Marcaba algún suceso en su vida?

De toda la pobre herencia es lo que más me atrae, y guardo para mí este amuleto de un hombre que llevó una estrella fatal.

Para mí... ¿Acaso yo mismo?... Mañana moriré, y el que me substituya, inútilmente buscará mi recuerdo en el espejo. Se pasa y desaparece. ¡No, Dios mío! ¡Yo no quiero que sea así! A mi alrededor se ha producido un movimiento de sillas. La sombra casi impide que nos veamos. Afuera los martillos callan.

—Hasta mañana—dice una voz.